

III. LIBROS

ALFREDO PRIETO GONZÁLEZ (1954). Lic. en Lengua y Literaturas Hispánicas. Jefe de Redacción de la revista.

Una contribución al estudio de medios masivos y propaganda política exterior norteamericana

El valor fundamental del libro está en las claves que aporta para comprender los factores y resortes que presiden la propaganda política exterior norteamericana

Hay una paráfrasis de una famosa frase de Clausewitz que establece que los medios masivos son la continuación de la guerra por medios pacíficos.

La propuesta no pasaría de ser mera retórica o una hipérbole extraída de algún manifiesto de no contar con el respaldo de evidencias que desestiman cualquier asomo de escepticismo, tanto en el receptor más ingenuo como en el especialista menos sofisticado.

En el llamado siglo de la revolución tecnoelectrónica, el de acelerado desarrollo de nuevas y complejas tecnologías al servicio de lo informativo —satélites, computadoras, bancos de datos públicos y privados—, el papel de la información y su funcionalidad misma han cambiado radicalmente al punto de constituir un aspecto de considerable importancia no sólo para contribuir a resolver los diversos problemas que plantea el conocimiento científico contemporáneo, sino también en el sentido más lato de la actividad social humana y, en lo que a nuestro comentario respecta, en cierto tipo de propaganda, que supone la manipulación de las conciencias a escala también masiva.

De un tiempo a esta parte distintos estudios en el terreno de la comunicación social vienen subrayando el papel de los medios de difusión y la propaganda como parte sustantiva de un proyecto de dominación que se ejerce en todas las esferas. Se han producido un sinnúmero de eventos académicos internacionales dedicados a abordar esta problemática, en los que se han identificado y evaluado, desde diferentes ángulos de interés y enfoque, los principales problemas que se derivan de este importante objeto de investigación, tanto en el ámbito de la teoría como en el de los aspectos particulares y de las connotaciones que asume el despliegue de las transnacionales por los distintos países o zonas del mundo. “El moderno poder transnacional” —subraya Héctor Schmucler— “raramente se vale de metralletas: los medios masivos de difusión desempeñan el papel de ‘ablande’

que antes se asignaba a la artillería. Los tiempos son menos costosos y más permanentes; para mantener el control no se necesitan guardianes”.¹

El anterior acercamiento nos conduciría, de entrada, a uno de los centros fundamentales de análisis: el de la posesión, función y uso de la información con fines propagandísticos, que constituye una de las constantes dentro de la práctica política internacional del imperialismo contemporáneo. El carácter de la trilogía, que enlaza distintos problemas, se nos revelaría al examinar sumariamente quiénes controlan esos medios, quiénes ponen a circular la información y lo que constituye o no noticia.

Se sabe que desde fines de la primera mitad de siglo, como continuación de un nuevo fenómeno histórico surgido a fines del XIX, se comenzó a producir un proceso de oligopolización de la información según el cual las grandes corporaciones del ramo, controladas básicamente por los grandes grupos financieros norteamericanos, fueron ampliando el ejercicio del monopolio sobre poderosos medios de difusión masiva y, por consiguiente, imponiendo el consumo de un tipo de mensaje al servicio de intereses bien definidos dentro del conflicto fundamental que preside a la época contemporánea.

Las estadísticas —que son, bien entendidas, un apreciable indicador en cualquier abordaje al tema—, demuestran que los dos tercios de la información internacionalmente circulante se elabora en las grandes capitales de Occidente —lo que supone, entre otras cosas, la existencia del aludido sentido selectivo en la determinación de lo que constituye o no noticia—; que los Estados Unidos poseen el 35% de los medios de todo el orbe; que este país monopoliza el 75% de toda la programación televisiva que circula por los cinco continentes y que en el llamado Tercer Mundo se recibe una verdadera avalancha de información que no responde a sus intereses nacionales. Un estudio reciente ha revelado que en algunos países de América Latina la AP y la UPI cubren aproximadamente entre el 80 y el 85% de la información circulante: el 7% adicional se origina en Reuter, el 4% en AFP y el resto en la EFE. Son estas, precisamente, las bases sobre las que se alza la exigencia de un Nuevo Orden Internacional de la Información y la Comunicación (NOIIC), cuyo reclamo, estrechamente vinculado al del NOEI, ha venido haciéndose sentir con énfasis después de los años 70, a partir de la Reunión de Países No Alineados en Argel en 1973 y en distintos organismos internacionales como la propia UNESCO.

¹ Héctor Schmucler: Los medios masivos de comunicación en la Argentina.. En Cuadernos del Centro de Estudios de la Comunicación, UNAM, México 1979. p. 17.

Los correlatos sociopolíticos y culturales del problema son sin duda numerosos; por ahora cabría sólo señalar que la propaganda no hay que salir a buscarla a la calle: penetra en la vida doméstica del individuo instalado en la sala de estar junto a pantuflas y perros. La imagen visual misma, que resulta más efectiva que el mejor y más profesional de los reportajes escritos, tiene la ventaja adicional de lo vivo sobre lo pintado y, sobre todo, ofrece la posibilidad de dosificar convenientemente la propaganda al ser diluida en un conflicto artístico no siempre de dimensiones aparentemente inocentes. No están en pretérito perfecto las visiones estereotipadas y “folklóricas” de los países de nuestra América y el Tercer Mundo, que entre otras deformaciones, en la televisión y el cine casi siempre generan violencia, cuartelazos, golpes de Estado. Estos problemas son muchas veces resueltos por un héroe de una pigmentación y de un color de ojos que se nos revelan inequívocamente en primeros planos y en la técnica de la Kodak. Además, el séptimo arte tiene a su favor lo emocional: el espectador puede aplaudir desde la butaca el rescate de un Estado norteamericano a manos de unos jóvenes que, combatiendo en la guerrilla, finalmente derrotan la invasión cubana-nicaragüense, en una concreción cinematográfica que masifica el supuesto papel terrorista y desestabilizador de lo que ha sido llamado “la conexión soviético-cubano-nicaragüense”.

En términos de propaganda, la función que se le concede al mensaje en tanto instrumento de política exterior no puede aislarse de algunos factores contextuales. No es un hecho casual que la guerra psicológica, uno de los métodos utilizados por la propaganda, sea un instrumento predilecto de la guerra fría, en clara reacción de los centros capitalistas —en especial, de los Estados Unidos— ante el desarrollo de procesos revolucionarios y nacional-liberadores verificados a partir de la segunda posguerra. Experiencias como “Radio Europa Libre” (REL), el “Comité por la Libertad de la Cultura” y la revista Mundo Nuevo constituyen en este campo tres significativos indicadores que revelan el papel concedido a la manipulación ideológica como forma de confrontación desde el otro lado de la “cortina de hierro”. “Las palabras y las ideas”, ha dicho el congresista de la Florida Dante Fascell prolongando la naturaleza militar de nuestra analogía inicial, “tienen la misma importancia que el pan y los cañones. El resultado de la lucha que ahora tiene lugar en el mundo se decidirá, a fin de cuentas, por el triunfo sobre la mente de la gente”.²

² p. 80 Cit. por A. Panfilov: Los piratas del éter. Ed. Progreso. Moscú, 1981, p.80

En lo que a nuestra circunstancia respecta, la propaganda tiene sus nombres propios. Hay que decir que el interés que se ha venido generando sobre Cuba en amplios medios masivos no puede desvincularse del proyecto ideológico que trae al escenario doméstico y exterior la administración recién reelecta. En los últimos tiempos, pero en especial durante los dos últimos años (1982-84), se ha venido produciendo una verdadera ofensiva anticubana que recorre en distintos grados los órganos de seguridad nacional, el Departamento de Estado, los centros de pensamiento e instituciones académicas, la prensa, las transmisiones radiales y más recientemente —y con inusitada regularidad— la televisión y el cine.

Recuérdense algunos antecedentes: el proyecto de radiotransmisiones hacia Cuba —que culminó en la sanción legal de la emisora anticubana y contenido originalmente en el Informe de Santa Fe— identificaba entre sus prioridades la necesidad de extender a Cuba experiencias previas emprendidas contra el campo socialista, en la presunción de que la propaganda radial desataría un efecto entre la población que se concibe abiertamente como parte del trato “duro” que habría que otorgarle a Cuba.³ La implementación de este plan supone la existencia de medios como la derecha “cubana”, con sede en el enclave de Miami, a la que se le reserva un lugar para la traslación de un mensaje, en un rejuego de intereses que refuerza la función simbólica que se le hace desempeñar por el Estado en el panorama norteamericano actual. En lo que a la primera respecta, desde fines de los años 70 ha venido desplegando modalidades más “sofisticadas” que pretenden la autodiferenciación del terrorismo tradicional; ha venido adoptando una proyección cuyos contenidos remiten al intento por dinamizar el marco ideopolítico para buscar “alternativas” que “pluralicen” su alcance ante un mundo esencialmente cambiante.

Esta remodelación diversionista, que ha llegado incluso al delirio de pretender situarse “a la izquierda” de la Revolución, se intensifica sobre todo a partir de los sucesos de la Embajada de Perú-Mariel, y ha estado sustentada por un conjunto de actividades en el campo político-intelectual que, respaldadas por la burocracia, han sido convenientemente canalizadas por el establishment, y que se han concentrado en especial en las supuestas violaciones de los

³ Cfr. Rafael Hernández: “Introducción” a La política de la administración Reagan hacia Cuba. Material de Trabajo. CEA. 1983; también José R. Cabañas: “Radio Martí: una nueva agresión”. En Cuadernos de Nuestra América. vol. 1. no. 1. enero-junio de 1984, pp. 174-204.

derechos humanos en Cuba y en el fabricado asunto de los llamados “intelectuales disidentes”.⁴

Todo ello no significa ni mucho menos que el peso principal del problema se sustente en la contrarrevolución organizada en el exilio ni en sus órganos específicos de difusión —pues de hecho las raíces del mismo trascienden cualquier cabildeo profesional—, ni que las campañas recaigan sobre los centros de pensamiento e instituciones académicas que, si bien tienen su peso específico, tampoco agotan totalmente el problema. Precisamente una de las cuestiones más difíciles que se plantean al que se interese por los problemas de la difusión social, en un medio de un grado de complejidad como el norteamericano, es determinar el conjunto de factores que hacen posible la adopción por el Estado del conjunto de temas “propagandizables” y utilizables en las relaciones con los países a los cuales se concede una atención ideológica especial que en ocasiones resulta desproporcionada en términos de políticas domésticas.

La explicación del hecho, obviamente, desborda los objetivos de esta reseña. Es evidente, sin embargo, que cualquier abordaje esquemático se vería cuestionado por el hecho de que en la historia de las relaciones norteamericano-Cubanas abundan las recomendaciones, propagandísticas o de otra naturaleza, de distintos organismos situados “fuera” del sistema político norteamericano que nunca fueron tomadas en cuenta ni en el trazado de la política ni en la propaganda anticubana. Habría entonces que desestimar, so pena de simplificación, cualquier acercamiento unidireccional al problema, en el entendido de que el mismo está mediado por un complejo de factores y actores que intervienen, en circunstancias concretas, en la concepción-implementación de temas-problemas cubanos, lo que contribuiría a explicar por qué en un momento determinado se concede atención a ciertos contenidos relativamente subutilizados al encarar el “caso cubano”.⁵

El enfoque más simple conduciría a la consideración del Estado norteamericano como un actor racional único y otorgaría un grado superlativo de importancia a las estructuras situadas más abajo de la burocracia y los decisión makers. Probablemente sea esta una de las limitaciones básicas de

⁴ Un documento oficial del Consejo Nacional de Seguridad (1982) planteaba textualmente la necesidad de “promover presión política contra Cuba mediante el manejo de temas humanitarios y de derechos políticos” Y agregaba: “se puede emplear a la comunidad cubana para trasladar este mensaje”. Cfr. también Marifeli Pérez-Stable; “El CILC y la generación del Mariel”. En Areito, vol. VIII, no. 29, New York. 198f. pp. 19-22.

⁵Cfr, Kenneth Skough: .Cuba como modelo y desafío.

algunos estudios sobre el tema, útiles por otra parte en materia de información y en el análisis de conexiones a nivel empírico, pero que tienden a obviar el papel de los niveles de decisión y las estructuras burocráticas, cuyo peso específico en la formulación de la política no es homogéneo y que además ha sufrido cambios determinados en no escasa medida por el desarrollo de los acontecimientos que se han verificado a lo largo de un cuarto de siglo de hostilidad hacia Cuba.

Pero al margen de lo anterior, lo cierto es que la propaganda que más “llega” al receptor se localiza en distintos medios de difusión que “cubren” temas y actividades cubanos —esa es, después de todo, una de sus funciones—; que tienen una reputación profesional y por consiguiente credibilidad ante el llamado ciudadano medio norteamericano y el gran público. A ellos va dirigida la dimensión doméstica de esa campaña que, concebida dentro de un clima de guerra ideológica, tiene como uno de sus propósitos fundamentales ubicar en la percepción de las personas una imagen demoníaca de la actual realidad cubana y de la proyección internacional de nuestro país, lo que encuentra sentido en la medida en que mediante ellas se contribuye a legitimar determinados aspectos de la política previamente implementada, como es el caso de las sanciones comerciales y el bloqueo. Justamente en este marco es que deben encararse los distintos “argumentos” que tratan de vincular a Cuba, y más recientemente a Nicaragua, con problemas sensibles que desde hace mucho tiempo vienen afectando a la sociedad norteamericana, y que ciertamente no se limitan sólo a la cobertura de prensa, sino que también adquieren fuerza de resoluciones dentro del sistema político que han sido promulgadas por conocidos senadores como Hawkins, Denton' y Symms, entre otros.

A partir de estas necesarias consideraciones iniciales, es que debe emprenderse la lectura de Propaganda política del imperialismo contemporáneo, de Georgin Arbatov.⁶ Dada la importancia y actualidad del tema, han hecho bien los editores en publicar este libro como un título independiente, desgajado de una obra mayor en la que Arbatov aborda el papel de la lucha ideológica en las relaciones internacionales, de la cual la misma Editora dio a conocer hace algún tiempo el cuarto capítulo. El lector conoce, pues, las señas profesionales del especialista; solamente sería cuestión de recordar algunos de sus rasgos relevantes: una sostenida trayectoria dedicada a las relaciones internacionales y, en particular, al estudio de los

⁶ Georgin Arbatov: Propaganda política exterior del imperialismo contemporáneo. Editora Política, la Habana, 1984.

Estados Unidos (en la actualidad Arbatov se desempeña como director del Instituto de los Estados Unidos y Canadá de la Academia de Ciencias de la URSS): amplia experiencia académica que, junto al dominio de los recursos de la investigación y de un marco teórico consecuente, le permite historiar, evaluar y someter a crítica los resortes y la práctica misma sobre los que se concentra su objeto particular de estudio.

Digamos de entrada que se está en presencia de un libro cuyo valor fundamental acaso radique en las claves que aporta para una interpretación multilateral del aparato propagandístico imperialista y de sus funciones en la política internacional. En este trabajo el profesor Arbatov trasciende el grado de generalidad que podría sugerir el enunciado del título para ofrecer una reflexión lógico-histórico-concreta sobre medios de difusión y propaganda que tiene como centro analítico básico, por razones sobre las que no valdría la pena insistir demasiado, las connotaciones norteamericanas del fenómeno. Para lograr su propósito el libro diseña un plan de estudio que contiene distintos acercamientos al problema con un grado de interrelación sólo aislable desde el punto de vista metodológico. La primera parte, subdividida en varios epígrafes, Arbatov la dedica al análisis de las principales doctrinas y métodos de la propaganda política exterior, al proceso de formación de sus distintos presupuestos, a determinar su carácter y esclarecer los métodos más frecuentemente empleados. En la segunda parte, más apegada a lo factual, el estudio se concentra en los distintos elementos y estructuras que conforman ese aparato hasta finalizar con una exposición de las distintas estrategias' y tácticas empleadas no necesariamente en alternancia histórica.

El punto nodal que preside este ensayo es la concepción de las relaciones exteriores como expresión particular de la lucha de clases. Se trata, en una palabra, de que el fenómeno de la propaganda imperialista, como parte integrante de esas relaciones, no puede comprenderse en lo que tiene de actual si no se le juzga partiendo de esta perspectiva y si no se toman en cuenta las diversas condicionantes que determinan el surgimiento de la lucha ideológica en el sentido moderno del término. En sus distintas manifestaciones históricamente posibles, la propaganda ha sido utilizada por las clases dominantes para diseminar su visión política sobre las clases y sectores sociales dominados de una formación socioeconómica dada. Más allá de tomar demasiado al pie de la letra el debate de cuándo comenzó a adquirir un papel relevante (las ubicaciones temporales dependen mucho de quién emprenda el análisis y a través de qué prisma este se haga), Arbatov considera mucho más definitivo ponderar los distintos elementos que determinaron un vuelco en la directriz de la propaganda de los “países centrales”; esto es, el momento en que surge la fase imperialista del capitalismo y el comienzo de su

crisis general. A partir de este instante ese papel, que no hizo sino acrecentarse después de la Segunda Guerra Mundial, devendrá “parte inalienable de su política exterior” y “uno de los instrumentos de la guerra fría”.⁷

A lo largo del estudio, pero especialmente en la primera sección, el autor va glosando los distintos aspectos conceptuales sobre los que se sostiene la propaganda en Occidente, la que caracteriza partiendo del conjunto de referentes ideosociológicos y sicosociales que se conjugan a la hora de concebir los términos del mensaje. Según se apunta en el libro, su esencia consiste en la adopción de un código de naturaleza emotiva que, sustentado en supuestos extraídos de la irracionalidad y en el amplio empleo que esta ha tenido en las técnicas comerciales, persigue desatar un complejo de emociones —miedo, ira, angustia, indignación, etc.— y condicionar una determinada actitud en el receptor. En palabras de Arbatov:

las concepciones que dominan entre los especialistas en la teoría y en la práctica de la propaganda imperialista consisten en influir no sólo en el intelecto, sino, más todavía, en las emociones del hombre. Semejante enfoque significa que el influjo ideológica se suplanta, en esencia, por el psicológico (...) En el mayor número de los casos no se trata de someter a discusión el comunismo como tal, sino de crear un cliché que provocaría en el auditorio ciertas emociones (...) y de convertir los conceptos “democracia” y “mundo libre” y otros en símbolos inseparables del capitalismo y que originan reacciones favorables.⁸

De lo que se trata, pues, es más bien de reforzar un conjunto de creencias en el auditorio; más que mover a la reflexión, se consigue desatar reacciones a priori y reforzar la presencia de algunos conceptos que han sido tradicionalmente manejados por el aparato oficial de propaganda y el poder amplificante de los media, elemento fundamental para comprender por qué a pesar de las abrumadoras proyecciones estadísticas —y según han revelado algunas encuestas norteamericanas— los Estados Unidos son hoy por hoy el país más desinformado acerca de lo que realmente ocurre en el mundo.

A partir de este punto, y en consonancia con el autor, pudieran establecerse un par de consideraciones básicas; en primer lugar, que este no es un hecho inocente o gratuito, sino que supone, por el contrario, la participación de profesionales —en especial de sicólogos y especialistas de la difusión— en un diseño teórico que se concibe para manejar la opinión pública. La naturaleza irracional misma del código a que se apela traduce además la pérdida de

⁷ Ibid. p. 36.

⁸ Ibid, pp. 28.29.

legitimidad y necesidad histórica del sistema y atestigua la propia crisis del capitalismo, a cuya exposición el profesor Arbatov dedica varios momentos del libro y que, por ser ampliamente conocida, no reseñaremos aquí. En segundo lugar, y en lo que corresponde más específicamente a propaganda exterior, que este fenómeno se enmarca preferentemente dentro de una táctica que asume la “transformación paulatina” y la “autoerosión” del socialismo real en la perspectiva de minar su unidad ideológica y “torpedear las bases políticas de la sociedad”.⁹

Uno de los aspectos más interesantes del estudio es el que se refiere a los métodos empleados por la propaganda, en el entendido de que el principal problema al que se tienen que enfrentar los técnicos del ramo es cómo ganarse la confianza de un auditorio. Arrancando de las propias palabras de sus formuladores y de prácticas que, como sucede en casi todo el libro, se ubican en un contexto europeo, no por ello menos universal, Arbatov se detiene sobre este punto con el objetivo de resumir las principales formas que asume el despliegue de contenidos “informativos” en su articulación con ciertas metas de política exterior. La variedad misma de estos procedimientos hace virtualmente imposible agotarlos en las páginas del libro. Conciente de ello, el estudio de Arbatov logra resumir con éxito los métodos que suelen ser más empleados y que pudieran reducirse, como mínimo, a tres: la “refinación” propagandística, la mentira y la guerra psicológica.¹⁰

La principal conclusión que arroja el libro en este punto consiste sin dudas en la comprobación del cambio de perspectiva de la propaganda, que, como resultado básicamente de la correlación internacional de fuerzas, suele hacerse más sofisticada, sin que ello signifique que de ordinario no se utilicen métodos menos elaborados y hasta burdos. Es, como dice el autor, “un trabajo enérgico, orientado a perfeccionar los métodos propagandísticos y buscar una táctica propagandística más inteligente”.¹¹ Porque en nuestros días los procedimientos más utilizados no consisten sólo en las maquinaciones a la manera de un famoso magnate de la prensa norteamericana finisecular, que dio su contribución noticiosa a la primera guerra del imperialismo en las Américas con un eclipse de sol convertido en efecto de torpedo español sobre el casco

⁹Para una exposición más detallada de las principales variantes en la manipulación de la información, cfr. el trabajo de Julio García Luis: “Los medios de difusión norteamericanos y la manipulación de la opinión pública”. En *Cuba Socialista*, no. 13, dic. 1984-feb. de 1985, especialmente pp. 92-98.

¹⁰ Georgin Arbatov: op. cit., p. 67,

¹¹ Georgin Arbatov: op. cit., p. 97.

de un acorazado. Aun cuando semejantes “testimonios” no falten,¹² lo cierto es que uno de los fundamentos de la propaganda a todos los niveles consiste en dotar al hecho de una dosis de objetividad entre comillas —“información objetiva, precisa y equilibrada”, como ahora mismo se dice— que subvierte sutilmente los términos verídicos de un problema y le confiere una orientación que lo desvirtúa en sus determinaciones esenciales.

Pero, como precisa el estudio, sería a la vez una ampliificación suponer que su elaboración se debe en todos los casos a esfuerzos planificados y que en todos los casos se tomen en cuenta las recomendaciones provenientes de los especialistas correspondientemente calificados. En la práctica “la intuición y la improvisación”, sostiene el profesor, “siguen desempeñando un gran papel a este respecto. Muchos métodos y procedimientos de propaganda política se forman sobre la base de la síntesis de la experiencia adquirida en el moldeado de la opinión pública, y toman su arsenal del reclamo comercial, de la Iglesia y de otras organizaciones que se dedican a la propaganda”.¹³

En efecto, la segunda práctica que Arbatov identifica ha resultado característica no sólo de distintos medios y agencias noticiosas, sino de las propias declaraciones y pronunciamientos oficiales norteamericanos. Si analizáramos la experiencia propagandística anticubana más reciente, descubriríamos algunas interesantes peculiaridades en el uso de la mentira como procedimiento y en el manejo deliberado de ciertos términos. Puede encontrarse un ejemplo de ello en el caso de la aplicación de la categoría de “disidentes” —un aspecto al que también Arbatov alude— a personas de probada militancia contrarrevolucionaria y terrorista que ciertamente no fueron juzgadas y condenadas por eso que llaman “delitos de opinión”, sino por actividades contra la seguridad del Estado. Este asunto, evidentemente

¹² Cabría recordar el incidente de la llamada “brigada soviética” en Cuba, cuya supuesta presencia, según se alegaba, violaba los acuerdos emanados de la Crisis de Octubre.

Durante el último año de la administración Carter este affaire levantó una verdadera ola de artículos periodísticos en los Estados Unidos. Es evidente por demás la participación de la CIA en este asunto que, según un documentado estudio de un periodista norteamericano, resultó uno de los factores decisivos, en asociación con instituciones académicas y otros centros, en la Implementación misma de la campaña. La revista Time (septiembre de 1979) llegó a publicar una fotografía “exclusiva” de una alegada “estación de monitoreo soviética” que, supuestamente, había sido instalada en fecha reciente en el Este de La Habana. Días después un vocero de la ITT declaró que la foto correspondía a viejas instalaciones que su compañía había construido en Cuba en 1957, y expresó, con un sentido común que no puede sino alabarse, que un examen superficial de la “prueba” demostraría su inviabilidad dentro de los objetivos atribuidos por Time. Cfr. The Washington Post: Time's Gool, 14 de septiembre de 1979, p. A-10.

¹³ Georgin Arbatov; op. cit., p. 47.

fabricado a la sombra de experiencias internacionales preexistentes, ha venido siendo promovido con desusada frecuencia y llegado a recorrer diferentes puntos del sistema, en un abanico que, en sus manifestaciones más recientes, va desde la Plataforma Demócrata a las pasadas elecciones, hasta el Informe Sobre la Situación de los Derechos Humanos en Cuba, de febrero de 1984, sometido al Comité de Relaciones Exteriores del Senado y al Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes.

Es asimismo evidente que, en tanto un tópico particular de las supuestas violaciones de los derechos humanos en la Isla, este tema viene a unirse, en su articulación con el discurso global de la política hacia Cuba, a los dos *slogans* a los que se ha venido recurriendo para “marcar” nuestro país: la exportación de la Revolución y el papel de “satélite” de la URSS, que es, según la obstinada percepción oficial del gobierno de los Estados Unidos, el precio que un país pequeño con política gigante tiene que pagar por el “subsidio” económico que le brinda una potencia extracontinental.

Con la promoción del “disidente cubano”, socorrida “víctima” de la extensión del “totalitarismo de izquierda” a los trópicos, se pretende calzar la naturaleza supuestamente opresiva y la aludida “carencia de libertades democráticas” dentro del sistema político cubano y poner así en entredicho el apoyo popular al proceso revolucionario, refrendado por una práctica histórica que ya alcanza un cuarto de siglo. Se quiere instalar así en la opinión pública, habitualmente desinformada sobre este y similares temas, la idea de que existe una visión crítico-corrosiva desde dentro en la que el “disidente”, como el niño terrible que viene a aguar la fiesta diciendo lo que siempre se calla, cumple un papel también simbólico que corroboraría el fracaso multilateral del socialismo, sin que en ningún caso intervenga un fiel medianamente equilibrado de cuál era la situación real de esos individuos y de las causas por las que fueron procesados legalmente y luego encarcelados. Un análisis casuístico demostraría, por el contrario, que estos “intelectuales disidentes” no tienen una ejecutoria profesional que los sostenga como tales intelectuales, ni mucho menos un aval que respalde su supuesta condición de poetas perseguidos por sus ideas religiosas o por “disentir” simplemente del régimen y, por consiguiente, que sus condenas no tienen que ver con tópicos tales como el ejercicio del verso libre o la experimentación expresiva (tema al que por otra parte fueron y son inmensamente ajenos) sino con actividades punibles por la legislación vigente y que no guardan relación alguna con la “libertad de las conciencias”.

Para finalizar esta parte, Arbatov aborda un poco más en detalle la guerra psicológica como procedimiento propagandístico. Este tercer método se ha venido empleando como una de las armas predilectas de la confrontación global y, encarnado principalmente en la actividad de la radiodifusión, ha

llegado a desempeñar un papel en los sucesos antisocialistas de Hungría, Checoslovaquia y Polonia. Como sostiene el estudioso, en ella “se han encarnado, precisamente, los rasgos más agresivos de la propaganda política exterior del imperialismo, que la convierten no tanto en instrumento de persuasión de hombres, sino en medio de intervención política en los asuntos internos de otros países”.¹⁴

En lo que a América latina se refiere, la guerra sicológica ha sido incrementada a contrapelo de la influencia de la Revolución Cubana en el continente —especialmente a partir de la década de los 60 y en el marco de la “Alianza para el Progreso”— hasta llegar a obtener su logro más “limpio” durante la guerra que las transnacionales desarrollaron para la desestabilización del gobierno constitucional de Salvador Allende en Chile, como ha sido suficientemente demostrado.¹⁵ Este procedimiento, de origen nazi, fue originalmente concebido para tiempos y acciones de guerra, pero, después de distintas variaciones semánticas reseñadas por el propio Arbatov para documentar la evolución del concepto, pasó a adoptar el sentido con que se le conoce hoy, que consiste en la creación de sentimientos de desconfianza, inseguridad, divisionismos y el fomento de simpatías por el adversario para provocar, de ese modo, formas deseables de conducta en aquel conglomerado o sector social seleccionado previamente como blanco.

Por los fines que persigue, la guerra sicológica supone, con igual o mayor intensidad que el resto de los procedimientos, la participación de un equipo de sicólogos y siquiátras en coordinación o formando parte de los organismos de inteligencia. Es conocido que en los sucesos de Chile a la CIA se le autorizó gastar ocho millones de dólares para la campaña desestabilizadora de la Unidad Popular, y que de ellos el diario *El Mercurio*, propiedad del “clan Edwards” y principal sostén propagandístico interno de la contrarrevolución, recibió 1 655 000 dólares en el período comprendido entre 1970 y 1973.¹⁶

La segunda parte del ensayo constituye una de las que resultarán más provechosas para el estudioso, no tanto porque pretenda iluminar aspectos desconocidos o escasamente trabajados hasta ahora, sino porque en su afán de

¹⁴ Ibid, p, 51.

¹⁵

Silvia Malena y Vedia: “El caso chileno como prototipo de guerra sicológica contemporánea”. En Revista Mexicana de Ciencias Sociales, nros. 86-87, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 1976, pp. 99-129.

¹⁶ Richard Fagen: “Los EE.UU. y Chile: raíces y ramificaciones”, cit. por Malena y Vedia en op. cit. Otra contribución de la CIA, esta vez ya no a niveles verbales, consistió en el financiamiento del paro de los camioneros en donde invirtió un millón y medio de dólares.

levantar una especie de inventario de los principales componentes del sistema propagandístico de los Estados Unidos, se llegan a relacionar algunas de las principales instancias, gubernamentales o no, que conforman este aparato. A grandes rasgos, se trata de una estructura amplia y dinámica que cumple distintas funciones y cuyo grado de complejidad reafirma la importancia concedida por los círculos gobernantes y el capital monopolista a la difusión de las ideas, según apunta el inequívoco Dante Fascell al inicio de estas páginas y según ha subrayado más recientemente la senadora Paula Hawkins con la salida al aire de esa emisora anticubana cuya sola nomenclatura es de por sí su primer gran contrasentido.¹⁷ Una de las características de este enorme aparato, precisa Arbatov, es su pertenencia a “los monopolios que dominan la esfera de los medios de comunicación masiva (...) así como a las organizaciones monopolistas que se dedican especialmente a la difusión de la información y las ideas en el extranjero”.¹⁸ Como aspecto que corrobora esa importancia, hay que decir que en el período previo a la Segunda Guerra Mundial no existía prácticamente un aparato estatal organizado en este sentido, aún cuando haya que considerar antecedentes como el “Comité Cree” y el propio inicio de transmisiones radiales hacia otros países en la década del 20. Este impulso propagandístico se intensificará a partir de 1948, año en que surge el “Acta Smith-Mundt”, que postulaba organizar por primera vez en la historia de ese país un aparato propagandístico oficial que funcionaría también en tiempos de paz y que no es sino el antecedente legal directo de la United States Information Agency (USIA).

En esta suerte de inventario, que por demás dista de pretenderse exhaustivo, Arbatov distingue dos niveles fundamentales: a) el de los medios de difusión masiva, compuesto por las grandes agencias noticiosas (AP y UPI); las grandes cadenas de televisión (ABC, CBS y NBC); las grandes productoras cinematográficas (United Artists, Metro Goldwyn Meyer, Columbia) y las grandes casas editoriales como Harper and Row; b) el aparato de propaganda gubernamental exterior, que se tipifica en la USIA y en las distintas instancias gubernamentales como el propio Departamento de Estado —que controla la actividad de la USIA—, el Pentágono, que dispone de sus propios cuadros y escuelas, y la CIA, que posee sus propios especialistas en propaganda.

Creada en 1953 para fundir en una sola distintos organismos propagandísticos preexistentes, la USIA cuenta con un sustantivo presupuesto para el desarrollo de sus actividades y tiene entre sus funciones diseminar la información oficial del gobierno en más de 115 países; publicar folletos de una tirada astronómica

¹⁷“Es mucho más barato y con frecuencia más efectivo” —señaló— “luchar contra el comunismo con la verdad “en lugar de con balas”. El subrayado es, desde luego, nuestro.

¹⁸ Georgin Arbatov: op. cit., p, 46.

e intervenir en la propaganda radial gubernamental orientada al exterior. El libro cierra con una discusión de la estrategia y la táctica en la propaganda exterior del imperialismo. Por encima de diferentes percepciones y aún de rivalidades interoccidentales, la estrategia es en el fondo única: tiene como finalidad afianzar y/o extender los nexos de dominación y la lucha contra el socialismo. Pero en este superobjetivo se han desplegado distintos matices tácticos contenidos en distintos discursos cuyos caracteres específicos no pueden desconocerse ni sobrestimarse en cualquier valoración. “Se trata en esencia” —dirá Arbatov— “de un enfrentamiento de dos concepciones de la propaganda ligado estrechamente con la lucha de las tácticas políticas de la burguesía imperialista. Cada una de esas tácticas determina, como es lógico, su contenido especial, las formas y métodos de actividad de todos los instrumentos de la política exterior, comprendida la propaganda”.¹⁹

Según plantea el trabajo, entre conservadores y liberales —porque de eso se trata básicamente— existen diferencias que trascienden el marco de la política interna y que se manifiestan en las distintas actitudes con respecto a ciertos puntos de la agenda exterior, especialmente en el deber ser de las relaciones con los países del bloque socialista. Podrían distinguirse dos tácticas: la primera, más apegada a los métodos empleados durante la primera etapa de la crisis del capitalismo, apela a una proyección “musculosa” y concibe la confrontación en términos de superioridad militar; ello implica un equivalente propagandístico en el que sus representantes “se pronuncian por las formas más agresivas de propaganda y actúan como apologistas de las formas externas de la guerra psicológica.

Su concepción de la propaganda política exterior consiste en reforzar la intervención en los asuntos internos de los países socialistas y consideran la propaganda como un estímulo de la actividad subversiva en estos países”;²⁰ la otra, de carácter más pragmático, recurre a más dúctiles e incluso novedosas vías en su maniobra contra el socialismo y los procesos nacional-liberadores. Son, en resumen, variantes que a veces no resultan excluyentes dentro de un mismo período —recuérdese la significación del último año de la administración Carter en este sentido— y que no pueden ser polarizadas absolutamente en virtud de que, habida cuenta de sus diferencias, constituyen en última instancia expresiones de idéntico signo clasista.

Para concluir, cabría subrayar que de haber logrado una mayor síntesis y podado algunos elementos eventualmente recurrentes, el libro hubiera

¹⁹ Ibid. p. 125.

²⁰ Ibid.

obtenido una mayor fluidez expositiva que redundaría en una lectura un poco más ágil

La última parte resulta algo desproporcionada con respecto a las otras dos, sobre todo porque reitera muchos aspectos de orden estratégico-táctico que de alguna manera habían sido abordados en epígrafes precedentes. En otro orden de cosas, pudiera señalarse la ausencia de importantes problemas como las implicaciones que trae el proyecto ideológico neoconservador norteamericano al escenario doméstico e internacional, y lamentar que no esté presente el análisis de la propaganda a partir del recrudecimiento de las ya tradicionales posiciones “duras” y de la ofensiva verbal de la administración Reagan, que ha propagandizado un discurso en el que, a ambos lados de los paradigmas, el “imperio del mal” y los *Freedom tighsters* constituyen parte de la retórica bipolar de cada día. Esta carencia, sin embargo, no puede ser atribuida al autor en la medida en que finaliza su estudio en la década del 70.

De todos modos, al margen de señalamientos más o menos factibles, lo decisivo es el conjunto de aciertos que, a nuestro modo de ver, hacen recomendable la lectura de este magnífico ensayo que invita a reflexionar, desde hoy, sobre el papel de la propaganda imperialista en su proyección hacia Cuba y el resto de Nuestra América.